

## BAJO LA MIRADA OCCIDENTAL: LA CRÍTICA FEMINISTA Y LOS DISCURSOS COLONIALES

Chandra Talpade Mohanty

La relación entre Mujer – una amalgama cultural e ideológica del Otro construida a partir de diversos discursos figurativos (científicos, literarios, jurídicos, lingüísticos, filmicos, etc.) – y mujeres – sujetos materiales reales de sus historias colectivas – es uno de los asuntos centrales hacia los que trata de dirigirse la crítica feminista. Esta conexión entre mujeres como sujetos históricos y la representación de la Mujer producida por discursos hegemónicos no supone una relación de identidad directa, una relación de correspondencia o una simple implicación.<sup>1</sup> Se trata de una relación arbitraria que se asienta sobre contextos culturales e históricos particulares. Me gustaría proponer que la escritura feminista que analizo aquí coloniza de forma discursiva el material y las heterogeneidades históricas de las vidas de las mujeres del tercer mundo, produciendo/representando así una amalgama singular, “la mujer del tercer mundo” – una imagen que aparece construida de forma arbitraria pero que, sin embargo, lleva consigo la firma autorizada del discurso humanista occidental.<sup>2</sup> Considero que supuestos de privilegio y universalidad etnocéntrica, por un lado, y una autoconciencia inadecuada sobre el efecto de la crítica occidental en el “tercer mundo” dentro del contexto de un sistema mundial dominado por Occidente, por el otro, caracterizan a una parte considerable del trabajo feminista occidental sobre las mujeres en el tercer mundo. Un análisis de la “diferencia sexual” como una noción intercultural singular y monolítica del patriarcado o de la dominación masculina lleva a la construcción de una noción igualmente reductiva y homogénea de lo que denominaré la “diferencia del tercer mundo” – ese “algo” estable y ahistórico, que aparentemente oprime a la mayoría, si no a todas las mujeres de estos países. Es en este proceso de homogeneización discursiva y sistematización de la opresión de las mujeres en el tercer mundo donde se ejerce el poder sobre gran parte de la producción feminista occidental reciente, y este poder necesita ser definido y nombrado.

En el contexto de la posición hegemónica de Occidente hoy en día, de lo que Anouar Abdel-Malek llama una lucha por “el control sobre la orientación, regulación y decisión del proceso del desarrollo mundial sobre la base del monopolio del conocimiento científico del sector avanzado y de la creatividad ideal”,<sup>3</sup> se debe ver y examinar la crítica feminista occidental sobre el tercer mundo, precisamente en términos de su inscripción en estas relaciones particulares de poder y lucha. No hay, debe resultar evidente, un marco patriarcal universal que esta crítica intente contrarrestar y resistir – a menos que se plantee una conspiración masculina internacional o una estructura de poder transhistórica y monolítica. Hay, sin embargo, un equilibrio de poder mundial particular dentro del cual se debe situar necesariamente cualquier análisis cultural, ideológico y de las condiciones socio-económicas. Las palabras de Abdel-Malek resultan útiles aquí, de nuevo, al recordarnos el carácter inherente de la política en los discursos de la “cultura”:

El imperialismo contemporáneo es, en un sentido real, un imperialismo hegemónico, que ejerce hasta su grado máximo una violencia racionalizada, llevada a un nivel más alto que nunca – a través del fuego y la espada, pero también a través del intento de controlar corazones y mentes. Pues su contenido viene definido por la acción combinada de lo

militar – el complejo industrial y los centros culturales hegemónicos de Occidente, todos ellos fundados sobre niveles avanzados de desarrollo conseguidos por el monopolio y el capital financiero, y apoyados por los beneficios de la revolución científica y tecnológica, y de la propia segunda revolución industrial.<sup>4</sup>

La crítica feminista occidental no puede pasar por alto el reto que supone situarse a sí misma y examinar su papel en semejante marco global, económico y político. Hacer menos supondría ignorar las complejas interconexiones entre las economías del primer y tercer mundo y su profundo efecto en las vidas de las mujeres de *todos* los países. No cuestiono el valor descriptivo e informativo de la mayor parte de los textos feministas occidentales sobre las mujeres del tercer mundo. Tampoco cuestiono la existencia de trabajos excelentes que no caen en las trampas analíticas que me preocupan. De hecho, me ocupo de un ejemplo de ese tipo de trabajo más adelante. En el contexto de un silencio abrumador sobre las experiencias de mujeres en estos países, así como de la necesidad de forjar lazos internacionales entre las luchas políticas de las mujeres, tal trabajo es tan rompedor como absolutamente esencial. Sin embargo, deseo llamar la atención aquí tanto sobre el *potencial explicativo* de las estrategias analíticas concretas empleadas, como sobre su *efecto político* en el contexto de la hegemonía de la crítica occidental. Mientras todavía se marginan los textos feministas en Estados Unidos (excepto quizás desde el punto de vista de mujeres de color que se dirigen a mujeres blancas privilegiadas), la escritura feminista occidental sobre mujeres del tercer mundo debe considerarse dentro del contexto de la hegemonía global de la crítica occidental – esto es, la producción, publicación, distribución y consumo de la información y las ideas. Marginal o no, esta escritura tiene efectos políticos e implicaciones que van más allá de la audiencia feminista inmediata o disciplinar. Un efecto significativo de las “representaciones” dominantes del feminismo occidental es su refundición con el imperialismo a los ojos de determinadas mujeres del tercer mundo.<sup>5</sup> De aquí viene la necesidad urgente de examinar las implicaciones *políticas* de nuestras estrategias y principios *analíticos*.

Mi crítica se dirige hacia tres presuposiciones analíticas básicas, que están presentes en el discurso (occidental) feminista sobre las mujeres del tercer mundo. Como me centro fundamentalmente en la serie que publica la editorial Zed Press, “Women in the Third World” [“Mujeres en el tercer mundo”], mis comentarios sobre el discurso feminista occidental se circunscriben a mi análisis de los textos de esta serie.<sup>6</sup> Este es un modo de centrar mi crítica. Sin embargo, aunque me ocupo de feministas que se identifican cultural o geográficamente como de “Occidente”, según se mencionó anteriormente, lo que comento en cuanto a estas presuposiciones o principios implícitos se aplica a cualquiera que emplee estas estrategias analíticas, ya sean mujeres del tercer mundo en Occidente, o mujeres del tercer mundo en el tercer mundo que escriben sobre estos temas y publican en el Occidente. De este modo, no presento un argumento culturalista sobre el etnocentrismo, más bien intento descubrir cómo se produce el universalismo etnocéntrico en determinados análisis. De hecho, mi argumento se aplica a cualquier discurso que asiente sus propios sujetos autoriales como el referente implícito, esto es, el criterio con el que se puede codificar y representar a Otros culturales. Este es el modo en que el poder se ejerce en el discurso.

La primera presuposición analítica en la que me centro se refiere a la localización estratégica o posición de la categoría “mujer” en relación con el contexto del análisis. Asumir a la mujer como un grupo ya constituido y coherente, con intereses y deseos idénticos, sin tener en cuenta

la clase, etnia o posición racial, implica una noción del género o de la diferencia sexual, o incluso del patriarcado, que se puede aplicar de forma universal e intercultural. (El contexto del análisis puede ir desde las estructuras de parentesco y de organización del trabajo hasta las representaciones en los medios de comunicación). La segunda presuposición analítica es evidente a nivel metodológico, en la forma sin sentido crítico que proporciona la “prueba” de la universalidad y de la validez intercultural. La tercera es una presuposición más específicamente política, subrayando las metodologías y las estrategias analíticas, es decir, el modelo de poder y lucha que implican y sugieren. Sostengo que, como resultado de los dos modos – o, mejor dicho, marcos – de análisis descritos anteriormente, se asume una noción homogénea de la opresión de la mujer como grupo que, a su vez, produce la imagen de una “mujer media del tercer mundo”. Esta mujer media del tercer mundo lleva una vida esencialmente truncada debido a su género femenino (léase: sexualmente constreñida) y a su condición de ser del “tercer mundo” (léase: ignorante, pobre, sin educación, atada a la tradición, religiosa, domesticada, orientada hacia la familia, victimizada, etc.). Yo sugiero que esto contrasta con la auto-representación (implícita) de la mujer occidental, culta, moderna, con control sobre su propio cuerpo y sexualidad, y con “libertad” para tomar sus propias decisiones. La diferencia entre la re-presentación feminista occidental de la mujer del tercer mundo, y la auto-presentación feminista occidental es del mismo orden que la que hacen ciertos marxistas entre la función de “mantenimiento” del ama de casa y el rol real “productivo” del trabajo remunerado, o entre la caracterización del tercer mundo por parte de los desarrollistas como un ámbito que se ocupa de la producción de materias primas, una actividad inferior frente a la actividad productiva “real” del primer mundo. Estas diferencias se establecen sobre la base de privilegiar a un grupo particular como la norma o el referente. Los hombres que reciben un trabajo asalariado, los productores del primer mundo y, sugiero, las feministas occidentales que a veces se dirigen a las mujeres del tercer mundo en términos de “nosotras las desvestidas”,<sup>7</sup> todos se construyen a sí mismos como el referente normativo de tal análisis binario.

[Trad. Marisol Morales Ladrón]

## Notas

1. Reconozco mi deuda con Teresa de Lauretis por esta formulación concreta del proyecto de la teorización feminista. Véase especialmente la introducción a su obra, *Alice Doesn't: Feminism, Semiotics, Cinema* [*Alicia no: feminismo, semiótica, cine*] (Bloomington: Indiana UP, 1984); véase también Silvia Winter, “The Politics of Domination” [“La política de la dominación”], inédito.
2. Este argumento es similar a la definición de Homi Bhabha del discurso colonial, como el que crea estratégicamente un espacio para sujetos dominados a través de la producción del conocimiento y del ejercicio de poder. Homi Bhabha, “The Other Question: The Stereotype and Colonial Discourse” [“La otra cuestión: el estereotipo y el discurso colonial”], *Screen* 24.6 (1983): 23. La cita completa es: “[el discurso colonial es] un aparato de poder ... un aparato que impulsa el reconocimiento y la negación de diferencias raciales/culturales/históricas. Su función estratégica primordial es la creación de un espacio para “sujetos dominados” por medio de la

producción de conocimientos desde los que se ejerce vigilancia y se instiga una forma compleja de placer/desagrado. [El discurso colonial] busca autorización para sus estrategias a través de la producción de conocimientos por parte del colonizador y el colonizado, que son evaluados estereotípicamente y antitéticamente”.

3. Anouar Abdel-Malek, *Social Dialectics: Nation and Revolution* [*Dialécticas sociales: nación y revolución*], (Albany: State U of New York P, 1981) esp. 145.

4. *Ibid.* 145-6.

5. Como muestra una buena cantidad de documentos e informes de los Congresos internacionales de Naciones Unidas sobre mujeres, en la ciudad de México en 1975, en Copenhague en 1980, así como el Congreso Wellesley de 1976 sobre mujeres y desarrollo. Nawal el Saadawi, Fatima Mernissi y Mallica Vajarathon, en su artículo “A Critical Look at the Wellesley Conference” [“Una mirada crítica al congreso de Wellesley”], *Quest* 4.2 (Winter 1978): 101-7, caracterizan a este congreso como “organizado y planeado de forma americana”, situando a los participantes del tercer mundo como público pasivo. Se centran especialmente en la falta de auto-conciencia de la implicación de las mujeres occidentales en los efectos del imperialismo y el racismo al asumir una “hermandad internacional”. Amos y Parmar caracterizan al feminismo euro-americano que busca establecerse como el único feminismo legítimo como “imperial” (Valerie Amos y Pratibha Parmar, “Challenging Imperial Feminism” [“Cuestionando el feminismo imperial”], *Feminist Review* 17 (1984).

6. La serie que publica la editorial Zed, “Women in the Third World” [“Mujeres en el tercer mundo”] es única en su concepción. Elegí centrarme en ella porque es la única colección contemporánea de libros que he encontrado que asume que las “mujeres en el tercer mundo” constituyen un campo de investigación legítimo y autónomo. Desde 1985, cuando escribí este trabajo por primera vez, han aparecido numerosos títulos en la serie. Por eso, sospecho que la editorial Zed ha llegado a ocupar una posición bastante privilegiada en la construcción y diseminación de discursos por y sobre mujeres del tercer mundo. Muchos libros de esta serie son excelentes, especialmente los que conciernen a la resistencia de las mujeres. Además, Zed publica coherentemente textos progresistas, feministas, antirracistas, y antiimperialistas. Sin embargo, cierta cantidad significativa de textos escritos por sociólogas feministas, antropólogas y periodistas constituye un síntoma del tipo de trabajo del feminismo occidental sobre las mujeres del tercer mundo que me interesa. Así, un análisis de algunos de estos textos concretos puede servir como punto representativo de entrada en el discurso que estoy intentando localizar y definir. Mi enfoque constituye, por lo tanto, un intento de crítica interna: únicamente espero y exijo más de esta serie. Ni que decir tiene que otras editoriales progresistas también tienen sus propias firmas autorizadas.

7. Se trata de un término de Michelle Rosaldo. Véase: “The Use and Abuse of Anthropology: Reflections on Feminism and Cross-cultural Understanding” [“El uso y abuso de la antropología: reflexiones sobre el feminismo y el entendimiento intercultural”], *Signs* 5.3 (1980): 389-412, esp. 392.